

La brújula ciega

Sergio Arlandis

El poeta valenciano Juan Ramón Barat (Borbotó, 1959) ha emprendido la escalada constante, consciente y bien fundamentada, hacia las difíciles cotas de la «buena poesía», asumiendo, a veces, que tal logro implica ciertas renunciaciones, como las de la escritura por impulsos, las del poema-utilaje, la de los trampolines de algunos premios y la de las modas efectistas. Hoy en día, sin embargo, los más avisados lectores de poesía saben que su obra poética está conquistando lentamente (pero con firmeza) los angostos riscos de la calidad y que, tal ascensión, dará la perspectiva de un poeta estimable para la Historia de la Literatura. Es sólo cuestión de tiempo, aunque el propio Barat esté acortando los plazos con cada una de sus nuevas entregas a las librerías.

A su dilatada nómina de obras publicadas⁷ cuyas primeras publicaciones ya datan de 1987⁷ hay que añadir la importante cantidad de premios literarios que acumula sin que esto mismo, como dijimos, se haya convertido en excusa perfecta para romper la exquisitez de sus libros y la autenticidad de su voz poética en beneficio de lo circunstancial o de los méritos pasajeros. Hasta un total de seis libros de poesía (al margen dejamos su interesante progresión y producción como novelista y autor de teatro) ha publicado en los últimos años: los cuatro primeros los ha reunido en un único volumen, bajo el título *El héroe absurdo. (Poesía reunida)* editado en Hiperión en 2004; le seguirían *Confesiones de un Saurio*, Editorial Aguaclara (2004), y *Malas Compañías*, editado por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles en 2006.

Juan Ramón Barat: *La brújula ciega*, Pre-Textos, Valencia, 2010.

Es *La brújula ciega* (Pretextos, 2010) la última de sus entregas: en este libro, en cambio, no sólo quedan marcadas las líneas de desarrollo de su trayectoria sino, también, de su *mundo poético*, cuya lógica resulta destacable, ya que demuestra una calidad formal y un equilibrio temático difíciles de alcanzar debido al esfuerzo que implica renovar y, al mismo tiempo, conservar, esos resortes que identifican su obra sobre la de muchos de sus coetáneos compañeros de generación.

Pero, en cierto modo, *La brújula ciega* es la lectura inversa de toda su producción anterior: la obra de quien regresa, como si de un desorientado Ulises hablásemos, de la aventura emprendida por aquel «héroe absurdo» de su poesía anterior. Una relectura de uno mismo que culmina en la claridad de la palabra, pero la oscuridad de su sentido. Digamos, pues, que el eje que estructura de este intenso y profundo (a veces, incluso metafísico) libro de poesía es el hallazgo de una fragilidad curtida a base de fuerza insistente, de constancia en la búsqueda de un sentido al *viaje iniciático*.

Un tema que, sin embargo, ya se anunciaba en sus libros anteriores, pero que en *La brújula ciega* alcanza su máxima expresión y su precisa interpretación: la aceptación del destino que parte de la resignación, pero no de la rendición, pues se sabe que el destino juega un importante papel en contra del hombre y de los designios que nos tiene preparados, como se expresa en el poema «*Fatum*»: «Podremos alterar el curso de los ríos. / Mas su destino nunca». Pero cabe resistir ante la tiranía del tiempo usando las armas del amor, de la compañía, e, incluso, de la soledad o del reencuentro que propician las palabras en la escritura. Este nuevo poemario añade, a tal conclusión, el necesario escudo de la memoria, aunque esto implique, igualmente, la aceptación definitiva del olvido como amenaza que cohibe la vida y reduce el mundo hasta la más mínima expresión de nuestra mirada: cabe extender, pues, esa misma mirada y para ello la palabra no sólo es necesaria, sino también la única herramienta que nos queda para construir el propio hogar de nuestro recuerdo. El problema es ¿cuándo regresamos a ese hogar? Ese es el extravío que *La brújula ciega* muestra, ya que si la memoria es azarosa, el hombre es un ser expelido a la aventura existencial sin destino fijo, sin la guía de un sentido que

oriente sus pasos a través de ese laberinto que es el tiempo y que ayude a comprender el porqué de los hechos, de las personas, de las respuestas.

Partiendo, en definitiva, de esta consideración general del poemario, Juan Ramón Barat ha dividido *La brújula ciega* en cuatro partes totalmente simétricas en cuanto al número de poemas que componen cada una de ellas (diez): «Verdura de las eras», «La edad ligera», «Un no rompido sueño» y «La música callada». El sesgo clásico que destilan los títulos no son, tampoco, fruto de un simple homenaje, pues en ellos se presiente una aguda relectura de la historia. El libro no celebra los hallazgos, así que no se trata de rememorar los logros de autores tan conocidos como Garcilaso o San Juan de la Cruz entre otros. Sus intenciones parecen otras: Barat calibra el mismo extravío de estos poetas y sus refutaciones; también la fijación de sus deseos, de sus esperanzas y de la expresión de esos mismos deseos y esperanzas. No es, pues, un simple reconocimiento de la herencia clásica, sino su revisión en la propia piel de un poeta actual que construye su discurso a partir del preciso mecanismo del pasado. De ahí que se trate de una brújula: el «reloj» que no marca la hora, sino el destino.

Desde su comienzo, *La brújula ciega*, se adentra en el enigma de la existencia y de sus resortes en la historia: poemas como «1928» (intenso poema dedicado a la fotografía de su propio padre cuando era niño), «Cementerio abandonado», «El fósil», «Ánfora», «Últimos días de agosto en Alcossebre», «La cripta» o «El Paraíso perdido», resaltan, muy claramente, el peso del tiempo en esta primera parte del libro, pues, en verdad, no se asiste al descubrimiento ni de la muerte ni de la vida como extremos de la existencia, sino de su pervivencia y de los insospechados senderos que conducen a la memoria: «Con los ojos cerrados miro el mundo, / anegado en la luz de la memoria». Porque el ser humano crea hipótesis que ayuden a reconstruir el pasado: lo que fue y lo que será se funden en el marco de lo poético, así que la palabra (simulando la dureza del fósil o del ánfora) no sólo es testimonio del hoy que nos expande y nos aferra de un mismo modo, sino también consorte o legado que dejamos en la extraña arqueología de los años que se suman. Se trata, pues, de pura perspectiva: quienes contemplan hoy el tiempo, serán los contemplados en el

mañana ¿y qué oculta razón explica esta divagación por el oscuro territorio del olvido?

Con «La edad ligera», el poeta apuesta por descifrarnos su voluntad de vida a pesar de todo: si nuestro presente goza de intensidad, más débil será nuestro destello en el mañana. Poemas como «Alimentando lluvias», «Agua», «De la inutilidad del verbo», «*De Utopía*», «Reciclaje», «Polvo eres» y «*Fatum*», así lo expresan, con ligeras pinceladas manriqueñas y garcilasianas. Un mitigado vitalismo recorre esta parte del libro: no se llega al directo *Carpe diem* ni al horaciano *Collige, virgo, rosas*, porque no se busca celebrar la experiencia, sino sus heredades. Sin plan previo, sin el orden de un mapa predestinado, se vive bajo el designio de lo instintivo, de lo inmediato y del impulso repentino del gozo, por eso en «Polvo eres», las rutas del cuerpo se convierten en «Un puñado de sombra / en el yermo jardín de la intemperie». Jardín, sí; yermo, sombrío y a la intemperie, también. Ese símbolo casi ya juanramoniano (en su doble aceptación autorial) se define no por su vigencia, sino por su eco: la escritura, pues, no puede celebrar la vida al mismo tiempo que la experimenta. Tal paradoja, sin embargo, tiñe el libro, en conjunto, de una dialéctica conmovedora y estremecedora, pues al fin el poema conspira contra nosotros mismos y contra el tiempo amenazante: víctima y verdugo, la escritura sólo la escritura habrá de hacer frente a la vida y a la muerte con el paso de los años. Y lo tendrá que hacer con el único bagaje que posee: el de la memoria que, enterrada, reposa en la profundidad del libro.

Esta misma idea da plena organicidad a la tercera parte del libro: «Un no rompido sueño». Esa resistencia del hombre que no admite aún doblegarse al olvido, ni renuncia a las aventuras de la vida, a pesar de que ya ha recorrido un largo camino de la misma. Poemas como «Divagación barroca» «Examen de conciencia», «El abrazo», «Sombra de la tarde», «Pájaros» o «En la biblioteca», vienen a indagar en ese día a día que nos curte la aceptación, o no, de nosotros mismos en el curso imparable de la existencia. Los simples momentos del presente esconden, sin embargo, recovecos de un mensaje indescifrado por el vertiginoso pasar de los días ¿Y si la respuesta estuviera ante nosotros mismos, en la mirada bien fija del calendario que transitamos? ¿por qué volver la vista para

mirar, con claridad, nuestra razón de *estar* allá donde sólo se es uno mismo? El poema «*Et lux perpetua*» lo describe perfectamente, con su enigmática eternidad vestida de claridad:

Se preguntan los hombres a menudo
cómo será la muerte.
Intentan describirla con metáforas,
le adjudican la efigie de sus propios temores,
en su presencia tiemblan aturcidos.

Yo concibo la muerte
cuando, absorto, contemplo el firmamento
plagado de infinitas luminarias.
Cierro los ojos. Guardo
un silencio profundo.

Y un sudario de luz me cubre el rostro.

Finalmente, «La música callada», como su propio título indica, se adentra, de nuevo, en la paradójica y desigual combinación entre acto y deseo. Guiados, pues, por esa brújula ciega de nuestros instintos y nuestro pensamiento (siempre en pugna), el ser humano se muestra como individuo marcado por un conflicto interior: lo hecho no resume lo deseado. Ni tampoco lo deseado justifica lo realizado. Esta idea queda perfectamente retratada, aunque siempre con sus concretos matices, en poemas como «El instante», «Crepúsculo», «Verano», «Ciudad nocturna», «Río de Albarracín» o «Dónde». En el sumar de sus versos (ahora sí, cargados de profunda metafísica en sus intenciones expresivas) la revelación no es un don, sino un encuentro fortuito (pero esperado en verdad) en el punto medio que se halla entre nuestras expectativas de la vida y su legado. Ahí la palabra rescata la intensidad de nuestro efímero pensamiento y la extinguiible acción de nuestra mirada. El poema «Jaculatoria» (texto que, por otro lado, cierra el libro) así lo afirma, confiando, quizá, en que la fuerza de la marea de los días nos acerque el mensaje (o la barca) de este Ulises, que no se resigna a la tragicidad de la existencia: «Por la luz y la sombra que me ofrecen / el doble rostro con el que me mira / la eternidad».

El libro concluye, en definitiva, con un brindis por el encuentro: la ceguedad de la brújula puede compensarse con la claridad de la lectura, del encuentro con el lector: con su mirada el náutico se convierte en superviviente tripulante que regresa a la vida, a la expectativa de la memoria, a la hipótesis que se desgrana de las palabras. Por tanto, es la lectura futura la única que habrá de rescatarnos de la intemperie de la historia, de ahí que el verso final del poemario afirme, con rotunda confianza en su propósito: «Por la palabra». Así, el poemario comenzó con la imagen lastrada de tiempo, para acabar con la palabra libre y desatada del ancla pesada que llamamos olvido y que nos convierte en estáticos testigos de la muerte. Todo lo contrario: este libro apuesta por la aventura de la vida, aunque sea ciegamente.

La brújula ciega es, sin duda, precisa expresión de una sensibilidad pulida y curtida de un viaje de regreso a una Ítaca que nunca está fija, ni espera a su gobernante extraviado. Excelente poemario cuya construcción abre infinidad de lecturas pues busca la tierra, la isla, la casa, más abstracta de todas, la más azarosa dentro de la ruta cambiante de los días: tus manos lectoras ©